

CARICATURAS



El volver de la Farándula...

Terminada la Gran Guerra

TODO EL MUNDO A ILUSTRARSE

Suscribiéndose, sin pérdida de tiempo, a las Bibliotecas Circulantes de las Librerías "Sucre" de Bonifacio Muñoz, establecidas en

QUITO
Pasaje "Royal"—Apartado Núm. 315.
Frente a la Universidad

GUAYAQUIL
Calle "Pichincha"—Apartado Núm. 429.
Frente al Banco Agrícola

En las cuales se efectuarán las siguientes operaciones:

Novedades de Libros editados en las naciones americanas y en Europa llegarán continuamente.

Librería Extranjera por su selección y abundancia, será la más completa en su género.

Librería Nacional, única en su clase que da a conocer al país los escritores nacionales, por medio de su catálogo que se envía a las Bibliotecas y Librerías extranjeras a toda persona que lo solicite. También en esta sección constará el último libro editado y la última revista, para lo cual se suplica a los autores o editores den a conocer todas sus producciones.

Bibliotecas de Alquiler. Surtido amplio y completo. El ideal para todo LECTOR por su pensión módica en las suscripciones.

Comisiones de toda clase de libros y revistas y *Pedidos* en cualquier idioma, por cuenta del interesado.

Compra y Venta de libros nacionales y extranjeros.

Canes en general.

Solicítense: "Autores y Libros". Prospectos de las Bibliotecas de Alquiler establecidas en Quito y Guayaquil. Catálogo de obras de autores nacionales, el más completo publicado hasta la presente, y Catálogos de las "Bibliotecas de Alquiler".

Todo Pedido a las Librerías "Sucre" de Quito y Guayaquil, será enviado franco de porte y con un descuento proporcional, según el valor del pedido.





SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE SERRA MORENO

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

NUEVA SERIE

Quito, Octubre 21 de 1919

NÚMERO 39

El volver de la farándula

Lector:

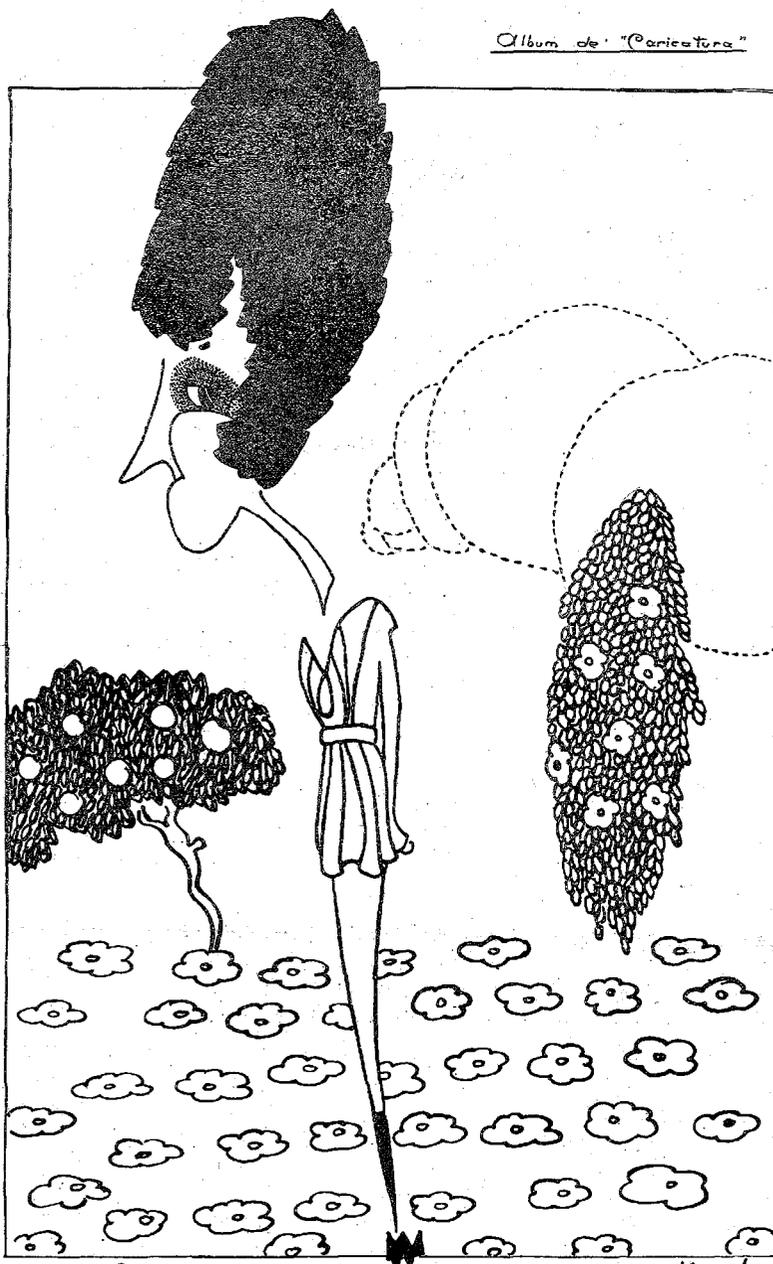
Estos que ves aquí, alegres y pensativos, soñadores, irónicos y tal vez un poquito cínicos, son tus viejos amigos, los personajes de alma funambulesca; quizá, como también lo es la tuya lector... Tú ya los conocías, y por lo mismo no te extrañará si hoy los ves subir de nuevo, con paso firme y además resuelto los escalones del tablado.

Comediantes como tú y como todos los hombres, no tienen ningún reparo en confesarlo, porque son sinceros. Y si alguna vez los llamaste locos, lo tuvieron ellos por muy grande honra. Alguien ha dicho que es más difícil reír que llorar; tus amigos de la farándula aprendieron a reírse de todas las cosas, y empezaron burlándose de sí mismos. Eligieron para reina y dueña de sus almas a Nuestra Señora de la Alegría; por eso tienen sus vidas rítmos de zarabanda y sus juventudes pasan triunfales, ahogando todos los dolores entre el bullicioso reír de cascabeles. Si en alguna ocasión

lector descubrieran tus ojos penetrantes una lágrima a través de una carajada, no te inquietes, ni te apenes; es el desarrollo de la farsa que así lo exige...

Y ahora van también a pedir un poco de tí; que muy justo es que aldes a quienes te ofrecen todo lo que poseen. No será seguramente la hogura de tu hacienda, ni los tesoros de tu arca. No es una empresa de mercaderes. Lo único que quieren es que seas sincero, lo mismo que ellos son contigo. No escatimes el aplauso ni la silvatina, que muy buenas cosas son ambas y también muy necesarias. De ser así trabajarán con gusto buscando siempre el gesto de tu aprobación. Y, ¿por qué no decirlo? lo único que buscan tus amigos con humos de de artistas, de soñadores y poetas, es la gloria. Y si la desean es porque la aman.

Perdona lector, estos devaneos que ya van largos y debes estar cansado. Olvida los lirismos y prepárate a oír a los que luego se van a burlar de tí. Si tú quieres riete también de ellos.



Sta. Isabel Viteri Z.

Kaneta
19-

CRONICAS

Su Majestad la Reina y las Fiestas de Octubre. — Concursos y premios. — Las comedias del Congreso.

Todo lo que significa entusiasmo de juventud, todo lo que significa renovación y triunfo de una vida nueva sobre lo mohoso y carcomido de las viejas costumbres rutinarias, enemigas del progreso, todo está dentro de nuestro programa, arbitrario quizá, pero libre de la sombra de los prestigios vacilantes y de las reputaciones convencionales.

Es por esto que estas fiestas estudiantiles, que van afirmando sobre base segura y cierta el valor y el prestigio de la juventud, nos han sugerido también a nosotros y también han hecho vibrar nuestros entusiasmos y nuestros júbilos.

Pero lo que contribuye ciertamente a dar el realce que estas fiestas han tenido, en cuanto a su importancia social, es que en ellas se ha sabido atraer para su realización la contribución femenina con sus encantos y su belleza. La mujer, en cierto modo ha patrocinado las fiestas de los estudiantes, y esto es lo que las prestado más esplendor y las ha hecho más sugestivas.

Los estudiantes del Guayas en el convencimiento de que *ella*, la mujer, es la fuente más pura de poesía y de belleza, han elegido su reina y la han elevado al trono de su admiración, para que presida sus fiestas, las anime y dé vida con su presencia y la de las damas de su corte que reinarán con ella en la vida del estudiante.

Aquí fue Lucrecia I, en Guayaquil, Susana I, las soberanas cuyo efímero reinado dejará tan honda huella en la juventud, huella tanto más dulce y duradera, cuanto es dulce y duradero el recuerdo. Pero por lo que se ha visto el reinado de Su Majestad la reina de las fiestas octubrinas ha sido menos efímero y algo más efectivo que el de la Reina de los Juegos Florales de Quito, porque mientras la una no reinó sino unas pocas horas y en el Teatro,

la otra parece que ha reinado durante dos o tres días y en toda la ciudad, porque su presencia se ha hecho sentir en todas partes y en todas partes se le han rendido los honores propios de la realeza. Para no descuidar a ninguna detalle, S. M. Susana I ha expedido decretos, ha hecho nombramientos y hasta ha tenido un primer Ministro o un Gran Visir que haga ejecutar su soberana voluntad. Todo esto es muy hermoso, ¿verdad?

Para concluir hará constar en estas líneas nuestra adhesión incondicional a Su graciosa Majestad Susana I, Reina de las Fiestas Octubrinas, a quien Dios guarde su belleza por muchos años.

Entre los números más atrayentes del Programa de las Fiestas de Octubre en Guayaquil, se cuentan los de los concursos artísticos y literarios cuyos resultados han sido verdaderamente notables, por lo que los periódicos relatan. Parece que todos los concursos han tenido una magnífica realización y el arte ha sido una de las notas más notables de las fiestas octubrinas.

A los dos poetas premiados con lira de oro en esos concursos y a los que han obtenido los demás premios de significación felicitamos cordialmente, desde que esos premios han sido concedidos a los jóvenes intelectuales de más valía entre la juventud guayaquileña y también porque entre ellos está uno a quien heroes contado en el grupo de nuestros colaboradores, el Sr. Falconí Villagómez.

Pero especialmente son nuestros aplausos para el joven e inspirado poeta José María Egas, quien ha luchado también un tiempo entre la juventud intelectual de Quito, y que, por su obra «Plegaria Lírica» merece un alto puesto entre los verdaderos y escasísimos valores poéticos y literarios nacionales. «Plegaria Lírica» es una consagración para José María Egas.

Es lástima que en una crónica como ésta no haya lugar para ocuparme de

él y de su obra con más detenimiento y estudiarla debidamente como se merece.

No me resta decir sino que en estos concursos artísticos en la sección de caricaturas, ha tenido también su sitio parte del personal de este semanario, puesto que los premios han recaído en los trabajos enviados por Enrique Terán y Carlos Andrade: 2.º premio y mención honrosa, respectivamente. El primer premio ha sido declarado desierto....

Y no remataré esta crónica sin antes dedicar un pequeño recuerdo a esa benemérita institución que llamamos Congreso. ¿Para qué vienen a Quito —me pregunto yo— compañías de teatro en este tiempo, si nos basta y sobra con las comedias que se representan en los salones del Congreso? Si señores, los congresistas son unos famosos comediantes, les encanta representar comedias.

Hace pocos días, el lunes de esta semana, hubo en el Congreso representación de gala. Fue en la Cámara de Diputados. Todos conocen el argumento de la comedia y por eso creo inútil el relatarlo. Me contentaré solamente con algunos detalles.

Con toda la cómica y ridícula solemnidad del caso se instaló la sesión ante una barra inmensa y tumultuosa. Pero antes de instalarse la sesión se había instalado ya en una de las alas del salón de sesiones, en larga fila, la

familia de una de las víctimas que pasaron ya a la historia.

¿Qué les parece a los lectores una mujer leyendo ante el Congreso un discurso, y más que todo un discurso vergativo y cruel y hasta un tanto ridículo?

Un disparate, ¿verdad? Pero por pensarlo así en esa memorable sesión y en voz alta, de poco me rompieron las costillas, unos señores con cara de mala conciencia que allí había.

Y es que si las palabras de una mujer, de una viuda especialmente que reclama justicia, son conmovedoras, en esta ocasión esas palabras no alcanzaron a conmoverme porque la justicia que se pedía era venganza y era odio, y el odio y la venganza son pasiones impropias del corazón de una mujer que debe ser todo ternura y perdón, y que por consiguiente no atraen la simpatía, por lo menos la simpatía de las personas que tienen sesos dentro de la cabeza.

Esta es la primera parte de la comedia que quizá no llegue a desarrollarse toda en esta Legislatura.

Y conste que lo que digo es sin pasión, simplemente porque yo lo creo así, no me inclino ni de una ni de otra parte, de los que están sobre la arena, y hago recuerdo de que este semanario fue el único periódico que levantó su voz de protesta cuando la absolución de los sindicados en los crímenes del 28 de Enero, que ya no debemos recordarlos.

ALONSO QUIJANO.

El mulo, el burro y el caballo

Yo amo al burro... ¿Y cómo no he de amarlo?— Su modestia, su mansedumbre, su resignación, su docilidad me lo recomiendan como un ser bueno, pero desgraciado, que conoce su ineptitud, y se conforma con ella; que no es presumido, ni aspira a dominar a nadie; que se somete, en fin, a la humilde condición de su destino.

Yo amo al caballo; yo lo admiro; yo lo respeto; y le tolero su soberbia, su jactancia, su osadía tan propia de su exquisita naturaleza, de su hermosura, de su ardor guerrero, de su generoso instinto, de su noble "caballeridad."

¡Pero el mulo...! El mulo me irrita; no es grande, ni por el genio; no

sirve ni para mandar, ni para ser mandado, es inútil y discol, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario...

Y lo mismo en la especie bípeda implume. También consta de tres familias. También hay en ella hombres—mulos, hombres—caballos y hombres—burros.

De estas tres familias, yo preferiré siempre la de los hombre—burros y la amaré con infinita ternura. Asimismo, toleraré y respetaré al hombre—caballo... ¡Pero, librenos Dios del hombre—mulo, del tonto con pretensiones, del necio, cuya necedad empieza por no conocerse a sí mismo, del sandio ingobernable, del burro con pretensiones de caballo!

PEDRO A. DE ALARCON.



TRIBULACIONES PERIODISTICO-CARICATURESCAS

Qué ha pasado con "Caricatura"?—Explicaciones—Nuestra obra.—A nuestras lectoras.

Han sido tan numerosos e insistentes los reclamos por esta publicación, que, francamente, no hemos dicho para nuestro capote; algo bueno debe hacer «Caricatura», cuando en todas partes se la extraña y se pregunta por ella.

Y hemos adquirido una vez más la placentera convicción de que ya hace falta e-e buen cuarto de hora que «Caricatura» viene a proporcionar a sus lectores, todos los domingos.

Ya se comprende que una publicación de esta clase requiere una labor bastante compleja; es todo un mecanismo que ha menester muchos y diversos factores; y en forma tal, que faltando cualquiera de ellos, toda la obra queda suspensa.

Ay! y como nuestra tierra preciosa, lo poco que tiene, malo y escaso, nos lo da con pésima voluntad y poniéndonos cara de vinagre, vivimos siempre nosotros como las pajaitas.... en el aire, haciendo prodigios de equilibrio y siempre a merced de cualquier accidente.

Ejemplo: Necesitamos una Litografía, a falta de cosa mejor, para nuestra obra. Se realiza ésta en la Litografía Nacional. Un buen día los operarios quieren vacaciones; y como nuestro semanario interesa a mucha gente, pero no a las autoridades, éstas conceden vacaciones a los operarios... y nosotros nos quedamos plantados, pues de los pocos, poquísimos talleres de esta especie, unos no quieren y otros no pueden, y aquí nos tienen ustedes gozando de unas forzadas vacaciones que nos han hecho muchísimo daño.

Qué hacer? Paciencia y barajar proyectos, artículos y comentarios; dar al olvido páginas muy interesantes de nuestra vida; dejarse en el tintero tantas cosas de los pasados días.

Allí estaban los inolvidables momentos pasados con Zamacois; su visita a la Redacción de «Caricatura», para la que tuvo halagüeñas frases de entusiasmo y aliento; allí estaban los comentarios a los grandes incidentes políticos de las pasadas semanas; allí tantas cosas que se murieron sin nacer.

En fin, el pasado, pasado. Y ahora, a seguir adelante, con el mismo empeño, con la misma decisión de antes... por tomar el pelo a uno que otro ciudadano interesante, a tal o cual personaje de esos raros y especiales

que suele dar el país.

Y, como decíamos ayer, «Caricatura» vuelve a proporcionar al respetable, pero poco respetado público, el buen cuarto de hora de los domingos, (salva esta ocasión, que por nuevas y abrumadoras dificultades se ha atrasado un poco y se presenta el martes).

Aquí están sus cuentos, sus charlas, sus disparates; aquí están los partos poéticos (perdón por la palabra), los comentarios libres y las reproducciones interesantes. «Caricatura» complace a todos; lo mismo da la flor de una delicada galantería, como los versos bonitos para las chiquillas, que lanza un flechazo contra los Ministros de Estado o los Senadores y Diputados más o menos honorables.

Que muchas personas nos han dicho que desearían conocer el hermoso discurso de nuestro compañero, Luis Veloz? Pues allá va; y gocen ustedes. Será el recuerdo de los pasados días, que por mala suerte nuestra, se fueron sin los debidos comentarios.

Que más quieren ustedes, lectores? No nos olvidamos ni de los de «El Conservador», y para ellos va dedicada esa historia de «cómo murió S. M. el Rey D. Felipe, el Prudente»; conmovedor episodio que lo hemos hallado por ahí, entre un montón de curiosidades.

Ya se verá que no tenemos el gesto amargo, a pesar de las tristezas que nos han hecho. Con la misma risa frívola e indiferente, vamos marchando, vamos marchando, pero...

No es posible que termine esta explicación, sin dirigir cuatro (o 44) palabras a nuestras lectoras. Nos dirigimos especialmente a las encantadoras muchachas que han preguntado, por «Caricatura»; a las elegantes de la tanda vermouht, del tennis, y de los paseos en el Parque y la Alameda; a las que son verdaderamente guapas, como las que aparecen en las páginas de esta revista, (pues ya se entiende que en «Caricatura» asoman solamente las más bonitas y distinguidas muchachas).

Todas ellas (insistimos en que han de ser muy guapas), se imaginarán ver llegar a «Caricatura» cansada y cubierta de polvo, con el traje raído y el viejo sombrero entre las manos, a decirles desde la puerta:

Muy buenos días de Dios tengan sus mercedes, niñas bonitas, lectoras nuestras, a mirar sus caritas deliciosas viene aquí su pobre. . . .

DE LA VIDA QUE PASA

PREMIOS Y JURADOS.—LA IDIOSINCRACIA NACIONAL

Quiero hablar de un asunto ya casi olvidado por el público, quiero resucitar en estas líneas una vieja cuestión sin importancia para muchos, quizá, pero que es verdaderamente importante si se considera que encarna nuestra manera de ser y de obrar. Hace poco los diarios de aquí comentaron y hasta protestaron por la mala distribución que este año se había hecho de los fondos destinados por el benemérito Sr. Aguilera para premios a tres de los artistas que se hubieren distinguido en cada exposición anual, y la cosa pasó, y no se volvió a hablar de ello y el polvo del olvido en cierto modo sancionó lo hecho por los ilustres municipales encargados de administrar los fondos en cuestión.

Pero no es de los fondos precisamente que voy a ocuparme en esta crónica sino de la persona o personas designadas para discernir los premios a los artistas que se presentaron a concurso en el último certamen de triste recordación: la elección de los jurados.

Se oyó después de ciertas insinuaciones de los periódicos a los municipales para que adjudicaran a la mayor brevedad ese premio, el nombre del arquitecto Sr. D. Francisco Espinosa A. como jurado para el discernimiento de quienes debían ser los artistas premiados. No dudamos de los conocimientos técnicos que en su propia profesión puede tener el Sr. Espinosa, pero si nos es permitido demostrar nuestro escepticismo acerca de sus conocimientos artísticos. En efecto, ¿por

qué se les ocurrió a los del Ayuntamiento designar a este señor como Jurado? No se sabe. Tampoco se sabe qué distinción tiene este señor de los demás mortales para que sobre él haya recaído esta elección porque por la misma razón que se eligió al Sr. Espinosa podía haberse hecho la elección en cualquier otro profesional serio y honorable, no importa que éste sea comerciante, por ejemplo, porque aquí en este país de maravilla cualquier boticario o sacamuelas puede con la misma suficiencia con que prepara una pócima o extrae sin dolor una muela, ser Jurado en un concurso literario o en una exposición de arte. ¡Cosas de la tierra! Aquí los hombres que servimos para todo debiéramos usar tarjetas que digan, v. gr.: «Fulano de tal, abogado (médico, *chacarero* o comerciante) puede servir también para otras muchas cosas, como escribir en los periódicos, hacer críticas artísticas, prestarse para padrino de un bautizo y ser jurados en concursos literarios».

Un poco largo, ¿verdad? Pero no tanto como para satisfacer la vanidad y necesidad de ciertos individuos.

De ahí que la distribución del premio Aguilera fue un fracaso.

La mayor parte de los concurrentes al concurso tienen participación en ese premio. Y naturalmente se suscitaron protestas y contraprotestas que dieron lugar, claro está, a que ciertos corresponsales de la prensa porteña, hallaran lucida o

casión de destapar sus cloacas . . . morales.

Yo pregunto: ¿y así va a quedar todo esto? O es que el premio Aguirra es un mero pretexto para favorecer, a los artistas que no lo son y recompensarles no por sus obras ni su talento, sino por el tiempo y los materiales desperdiciados. Si es así la cosa, más valdría que con los fondos destinados a ese premio, si alcanzan, se fundase una Institución de Beneficencia para proteger a los pinta—puertas, a los pinta—monas y en general a todos los fracasados. Ahí tienen los ediles una idea nue-

va y original y muy de acuerdo con sus humanitarias teorías . . . artísticas.

Pero hasta tanto tenemos el derecho de reclamar el premio exclusivamente para quienes lo merecen, que en este año no pueden ser otros que el pintor Pedro León, la Sra. Eugenia Mera de Navarro y el Escultor Luis Veloz, por lo dicho anteriormente en estas mismas columnas al tratar de la Exposición anual de Bellas Artes.

ALONSO QUIJANO.

COMO EL HILO DE AGUA.....

Muñeca, bajo el tono rosado de tu piel,
languidece el Otoño, toda conseja blonda,
que fue un olor de rosas jugosas y de miel,
como un cuento dorado que se perdió en la Fronda!

Como la juglaría de Ronsard, mi rondel,
fue un rubí de mi sangre que se hundió entre la onda,
un rubí todo rojo, mientras plasmó un cincel,
tu pura euritmia griega, como la de Gioconda.

Y de color de espiga que decora la mies,
tus rizos son los mismos de la Moabita Ruth,
bajo la hiperchromía de un momento.... Después,

tu perfil de muñeca se cubrirá de bruma,
porque esta niñez mía, se torna en juventud,
como el hilo del agua se va tornando espuma.....

Setiembre de 1919.

Gonzalo Escudero Moscoso.

Cuentos de "Caricatura".

De una bellísima colección de inéditos de nuestra inspirada escritora y poetisa Doña Mercedes G. de Moscoso.

ÍDILIO

Gloria no era bonita: tenía la tez de azucenas y los ojos de un azul intenso, grandes y expresivos, nada más. Sin embargo la aureola de pureza que ceñía su frente prestaba a su rostro encanto tal, que era imposible verla sin amarla. Dieciocho primaveras habían pasado sobre su cabeza de ángel oreándola con sus besos, y su alma guardaba intacta la delicada flor de la inocencia. Hija de padres acudados, habitaba una magnífica quinta a orillas del mar; y en la tarde en que comienza mi relato, desde una reja entoldada de jazmines y madre selvas, escuchaba con melancólica sonrisa el eterno murmurar de las olas.

No sé que poderosa atracción tiene el mar para las almas soñadoras; es lo cierto que ante ese gran espejo de cristal en cuya superficie se retratan el cielo y los astros, el espíritu se expande y engrandece porque se siente con más viveza a Dios.

Gloria, para quien todavía la duda no existía y las pasiones eran un misterio, parecía querer arrancar a las olas los dulces secretos de la vida.

Y estas, al estrellarse contra los muros del hogar, dejaban escapar notas que vibraban en la extensión vacía, como serenata de amor, como trinos de aves, como murmullos de besos, como el eco de tiernas confidencias. Hasta en las cosas inanimadas existe un soplo de la Divinidad; y Gloria, ávida de emociones, disputaba esas notas al infinito y las guardaba en el alma como si fueran quejas de otra alma, esperanzas realizadas, promesas cumplidas, dichas soñadas que se mecían en el espacio azul. Adoraba al mar. Nació a sus orillas y sus primeras sonrisas las recogieron las olas en sus besos de espuma. Necesitaba amar, y su alma religiosa y poética, amaba esa inmensidad grandiosa, sublime en sus tormentas, admirable en sus horas de calma, y en la cual pare-

ce que habitaran genios invisibles. Inmóvil, con la mirada perdida en esa lejanía tan azul como sus sueños, pasaba la joven las horas más gratas, creyendo haber descubierto todos los dulces misterios que en la edad de las ilusiones alumbran como estrellas el porvenir incierto.

Hugo, apuesto mancebo había pedido su mano; ella no lo conocía, pero sus padres anhelaban este enlace, y Gloria daba en esa tarde pálida y solemne, un adiós eterno a los lugares de su predilección: debía partir muy en breve con el que iba a ser su esposo, pero guardaría sus emociones y sus inocentes sueños allá en el fondo de su corazón como se guardan en estuche de nácar las joyas que más nos embefesan.

La noche extendía ya su manto de sombras sobre la tierra, y tan profunda era la abstracción que la embargaba, que la joven seguía mirando a esa media luz encantadora, los objetos que la rodeaban.

En el cielo cubierto de nubes blancuecinas, se dibujaba algo así como una tímida sonrisa: era la luna que comenzaba a desp

Ella, la niña ^{soñadora}, la de los ojos soñadores, ^{su} (a cabeza rubia y llevando a los ^{sus} dedos de pétalos de rosa, era un beso a la inmensidad, beso del alma que es como la oración de la inocencia.

De pronto una góndola negra que tiene alas como el cisne, surge de las aguas y de ella se alza un hermoso joven pulsando un laúd de cuerdas de oro, cuyas vibraciones semejan el rumor de la brisa en la foresta.

Fija en Gloria sus grandes ojos negros que parecen teñidos en las tinieblas de la noche, y basta esa mirada para conmover el corazón de la virgen. Para ella, él es uno de esos genios que moran en el seno de los mares y de los cuales tantas cosas le han con-

tado las olas, sus confidentes y amigas. Para él, ella es el ideal de sus aspiraciones, la encarnación de su ventura; un hada formada de la nieve que corona los montes, del azul del cielo y del polvo de oro del sol que fecundiza la tierra; un ángel de esos que nos hacen amar la vida y reconciliarnos con sus miserias. Dos nombres pronunciados con la ternura del amor y la santidad de la plegaria, resuenan en el espacio:

--Gloria!
--Hugol

La góndola toca la reja entoldada de jazmines y anadre selvas, dos manos se enlazan, y una cabeza encanecida de mujer asomando por sobre el hombro de la joven bendice con sus besos aquellas frentes juveniles, mientras el mar gime como celoso de esa dicha y la luna gira tranquilamente como globo de plata por el espacio azul.

MERCEDES G. DE MOSCOSO

LUZ DE LUNA

Entra, luz de la luna, hasta su alcoba
y si acaso en su lecho de caoba
estuviase dormida....
llégate hasta besar su hermosa frente
y murmura a su oído dulcemente
que es suya mi vida.

No temas que te tache de importuna,
entra, luz de la luna.

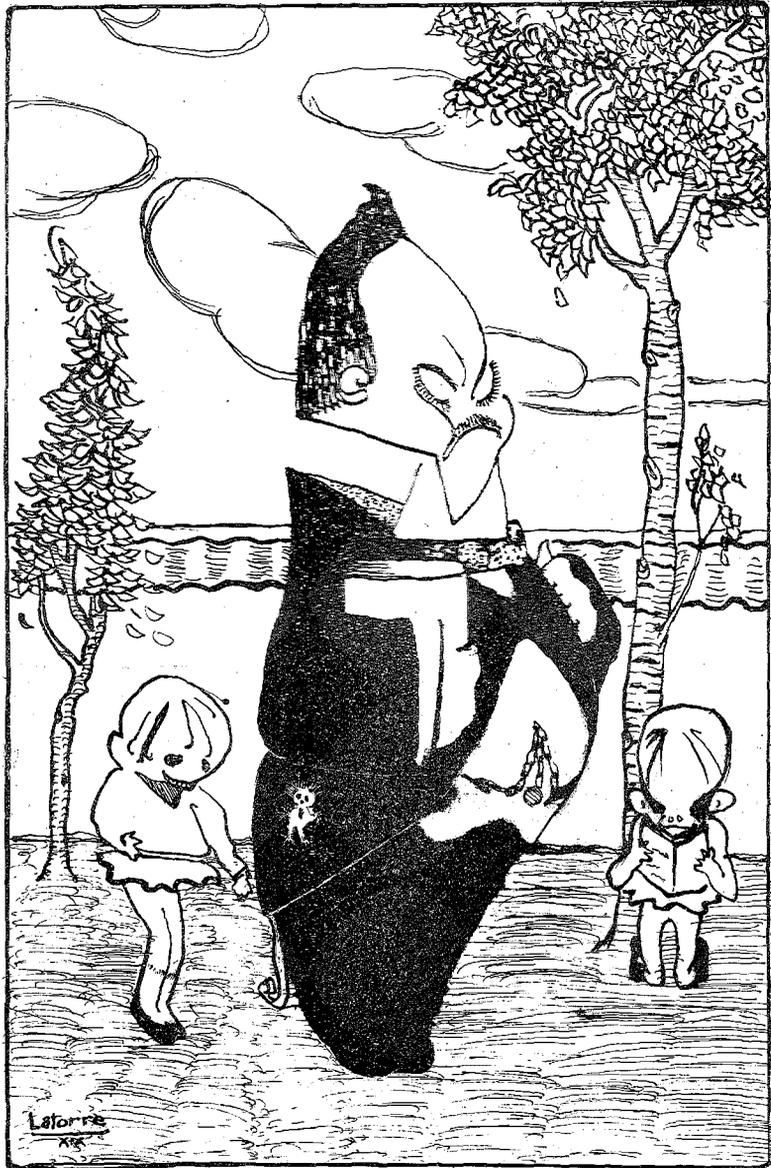
Díla, porque tal vez ella lo ignore,
que si a su corazón llegase ahora
el eco melodioso de algún verso,
no tema abrirle el corazón amante,
que sólo es el amor, amor gigante
que hace vibrar por ella el universo.

No temas que te tache de importuna,
díselo, luz de la luna.

Y díla, oh sí, también, que yo la espero,
que tan sólo mirar su rostro quiero
y expirar bendiciendo mi fortuna;
y sentirme inundado en su mirada
mientras mi alma se va transfigurada
por la escala de un rayo de la luna.

J. Vázquez.

Celiano y los niños.



Cual tropel de mariposas le seguían
por los jardines de la escuela "Espejo"
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

CHARLAS CALLEJERAS

— ¡Hola, doctor, buenos días.
— De donde diablo ha sacado eso de doctor? No soy doctor, hombre, ni pienso serlo.

— Disculpe Ud., pero lo merece.

— Déjese de cosas y venga conmigo que le voy a contar algo de sumo interés para Ud. que es periodista.

— No soy periodista.

— Bueno, pues, que aspira a serlo, da lo mismo.

— Sí, aspiro a ser periodista como Ud. a Oficial Mayor.

— No es exacto.

— No es exacta la comparación pero ¡qué hacer! A ver lo que queiría contarme.

— Era que el Congreso ha creado un nuevo cargo

— Consultor técnico para S. E?

— No, hombre, no haga burla que es verdad.

— Será entonces.....

— Ya va usted a decir majaderías: ¡Director General de Beneficencia!

— ¡Ojalá suprimieran entonces la Junta, porque todo lo que hacen entre varios sale mal hecho, v. g: el Congreso, el Municipio, etc.

— Y ya hay algunos candidatos.

— Los conoce?

— Sí, N. N., cuatro diputados de provincia y hasta parece que un ex Cónsul o Cónsul en.....

Este diálogo no sé si fue verdadero o si es pura fantasía solamente, no recuerdo si lo soñé o lo viví, si efectivamente aspira al cargo de oficial mayor mi interlocutor o no y si (y esto me parece tan cierto) en realidad le traté de doctor, porque a todo imbécil me da ganas de darle ese título; más bien que iría que se suprimiese del diccionario

la palabra imbécil por demasiado fuerte para que quedase sólo la palabra doctor que es más comedida.

Pero lo que sí es verídico es que el empleo ha sido recientemente creado y que los palanqueadores se agitan como moscas en su derredor, y que el Sr. Dn., y que los honorables fulanos y sutanos, y que tantos otros aspiran al cargo en cuestión y que no cesan de moverse para conseguirlo.

Perfectamente; no está mal el aspirar. Lo que está mal es que se haga valer para estos casos no la propia competencia sino las influencias. Lo que está mal es que los diputados de Provincias le tomen tanto cariño a Quito en los meses del Congreso, hasta el extremo de quedarse aquí... empleados con grave detrimento del patriotismo lugareño. ¡Cierto? Y no digo tantas otras cosas que están pero qué mal!

Creo que estos cargos se deben dar a las personas que sirven al país no por el sueldo sino por patriotismo, que valen por ellos mismos, no por ajenas influencias, que trabajan y laboran honradamente y desinteresadamente en los cargos que se les confían.

Una persona así hay entre los candidatos? Me permito dudar, pero yo sí puedo dar una que reúne todas esas condiciones y es el meritísimo ciudadano Dr. Sixto M. Durán, a quien los Diputados le ofrecieron mandar al exterior pero el Ejecutivo dijo que no había plata. Quizá hoy se haga justicia a nuestro candidato que él sí vale *mucha plata*.

Simplisicimus

En este momento el hombre que hablaba, se volvió a mirarnos y yo creí que se lanzaba a dirigirnos un insulto. Mi amigo me tranquilizó, diciendo: No es nada; es que tiene unos ojos así, que parece que quiere atravesarlo a uno; te aseguro que cuando me mira de repente, siento como si me dieran un *budocazo*.

—Reí el chiste y la palabra, y me puse a escuchar. Efectivamente el hombre hablaba, hablaba, hablaba. De todos sobre una mesa del bar, con los ojos fijos en el *paciente*, que le escuchaba silencioso, le disparaba como sortas de perdigones, las palabras, las frases, la conversación interminable. No se cansaba nunca. No dejaba hablar a su paciente, y si éste alguna vez, insinuaba el principio de una frase; el otro le interrumpía inmediatamente, casi poniéndole una mano en la boca y diciendo: «No. Pero fíjese en esto que le voy a decir». . . . Y seguía, seguía el formidable hablador. Yo me iba interesando cada vez más, y ya sin quitarle el ojo, pensaba: Hasta cuando resistirá esta víctima?

Como me temía, el momento menos pensado, el paciente (así les llamaré) abandonó el asiento y se despidió rápidamente diciendo: «ya viene el tranvía, y tengo que ir a la estación con suma urgencia. Adios!». Salí el pobre como disparado.

* * *

Mi hombre, el hablador, al verse solo, se revolvió inquieto; miró a todas partes y no encontrando seguramente por una de las mesas vecinas, otro *paciente*, se dirigió al mostrador y se puso a hablar con uno de los mozos.

Que le decía?...No sé. Algo del precio de las frutas, algo relativo a higiene, no sé que de leyes, alguna cosa de astronomía, en fin, es lo cierto que seguía hablando. El mozo se retiró; pero en ese preciso momento entraba al bar un vendedor de pescado. Pobre de él! El implacable hablador se dirigió incontinenti al infeliz y comenzó hablarle del mar y sus peces, de la sal marina, de las playas del mar, de la baja y alta marea, del mareo, . . . y el pobre vendedor mareado y aturdido se escapó por la puerta mas cercana, saliendo a la ca-

lle a gritar como un desesperado.

El hombre quedó hablando un momento solo; luego salió. Vivamente interesado por tan extraordinario personaje, arrastré a mi amigo, y a respetuosa distancia fuimosle siguiendo.

El implacable se atusaba los bigotes y miraba a todas partes con ira reconcentrada. Buscaba una presa indudablemente; tenía hambre, hambre de hablar, de hablar con alguno, de sujetarle entre sus brazos y con los ojos fijos, hablarle, escupirle palabras, apedrearle con frases, acerbillarle con oraciones interminables.

Felizmente no halló una víctima en esos momentos y se vió precisado a avanzar hasta el Parque de la Independencia; llegó el monumento de la Libertad y se puso a darle las vueltas, leyendo en voz alta todos los inscripciones.... ¡Es que estaba desahogándose un poco!

* * *

Pasó un buen hombre; un bueno e inofensivo ciudadano y el hablador espantoso se lanzó sobre él. ¡Pobre víctima! Abusando de una antigua amistad, el hombre que hablaba se deleitó martirizando a ese infeliz durante horas y horas: Y el pobre paciente, falto de carácter, y sin que viniera en su auxilio un accidente cualquiera, soportó con admirable resignación, la pedrea.

Anochece, y el hablador imperturbable continuaba hablando.

Cuando se despidieron, el pobre paciente se alejó andando como un beodo.

Me ausenté; volví; hablaba con otro. Fue a un hotel; comió muy poco, pero habló muchísimo. Se levantó y siguió hablando con unos dóciles amigos. Leyó después cuatro o cinco periódicos en voz alta y por fin, se fué a acostar.

A la mañana siguiente, me contaron los que viven en las habitaciones vecinas, que le habían oído hablar toda la noche.

¡Seguramente habla también cuando está dormido! decía uno de ellos aterrado.

* * *

—Te has enterado de que hay aquí otro periódico más, y que se llama "El Pueblo"? me dice un señor grave.

- Un poco. . .
 - Si un poco. . . Porque los poetas que están enterados es porque oyen gritar, o han visto el número primero; pues existe entre nosotros esa detestable costumbre de adquirir, por mera curiosidad, el número inicial de cualquiera publicación de esta clase, y luego olvidarnos de ella para siempre; como si fuera el primer número el periódico definitivo o el molle invariable que en los otros no proporciona sorpresas.

- Bueno; pero yo creo, o me supongo que se trata de un periódico político que no durará mucho tiempo.
 - No creas. "El Pueblo" es un periódico muy bien organizado. Como tú me dice, un periódico en que hay un amo que manda y lacayos que obedecen.

Allí el amo dice: *escribe y escribe*; digo, el redactor se lleva a los cuartillos, medita, escribe, escribe, el

enséñale, y se lanza con un editorial a dos columnas, o un comentario de media página.

El amo dice: *busca* y el lacayo sale al descuido, se mete por todas partes, husmea, recorre los archivos, las bibliotecas, se agnosta, guarda, y perpetra unos artículos enormes para demostrar que D. Fulano no es tan feo como lo pintan, o que Mengano es más tonto de lo que parece.

Por fin, el amo dice alguna vez: *pega*. Y sale el lacayo armado hasta los dientes, blandiendo un grueso bastón.

- Y regresa con las narices aplastadas.

- Sí, pero eso se llama buena organización. Te lo aseguro. Estos periódicos viven largo y dan provecho y fama.

T.

POBRE MARTA.....

PARA CARICATURA

Y Marta tenía apenas
 La vieja edad de un gorrión;
 Pero llevaba en sus venas,
 Blanca sangre de azucenas,
 Fría sangre sin color.

Y así me dijo tosiendo
 Un día en el hospital:
 ¡Ay doctor, me estoy muriendo
 Y es mi mal según comprendo,
 El terrible, el grave mal....

Me dió pena su belleza,
 Y la dije a media voz:
 Niña, olvide su tristeza
 La vida en usted empieza,
 No es su mal sino aprensión....

Era tísica la niña,
 Pero se puso a reír
 Y mirando la campiña,
 La pobre Marta decía:
 ¡Ya no me voy a morir!

Y luego salió corriendo
 Contenta del hospital
 Y aunque iba siempre tosiendo,
 ¡Pobre Marta..... iba diciendo
 Sólo aprensión es mi mal....

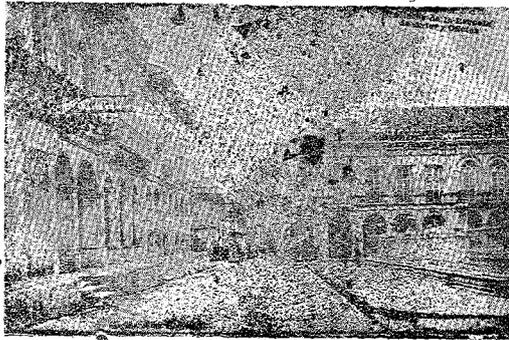
AGUSTÍN CUESTA V.

X-1°. 1919.

DE CUENCA



HOSPITAL CIVIL S. VICENTE DE PAUL



CALLE BOLIVAR DE LA PLAZA
ABDÓN CALDERÓN HACIA SAN BLAS



INDUSTRIA DE SOMBREROS

Fantasia sobre el dinero

Cuando el bolchevismo comienza a asomar en un país, parece que los ricos se apresuran a realizar sus fortunas para dilapidarlas alegremente antes que se las lleve la trampa. Así dicen que han procedido los grandes duques rusos, y que están procediendo los aristócratas magiars. El bolchevismo es un gran estimulante de la generosidad, y por eso yo no veo que corramos todavía el menor peligro de pasar a un régimen bolchevique. Cuando algún millonario os cuenta que aquí vamos derechos al bolchevismo, pedidle mil pesetas, si os la niega—que os la negará—es que habla por hablar y sin convicción ninguna.

Hay quien dice que el bolchevismo tiende a suprimir el dinero, y esto merece cierta reflexión. Indudablemente, el dinero es una cosa muy mala, sobre todo para aquellos que no lo tienen; pero también es una cosa muy buena, especialmente para aquellos que lo atesoran. Algunas personas, cuando se discute este tema de la bondad o maldad del dinero, exclaman:

¡Quite Ud!... Lo más importante es tener salud!...

Probablemente, esas personas se figuran que el dinero constituye una enfermedad, y sí, en efecto, la constituye, hay que convenir en que, entre nosotros, no ha tenido nunca caracteres endémicos.

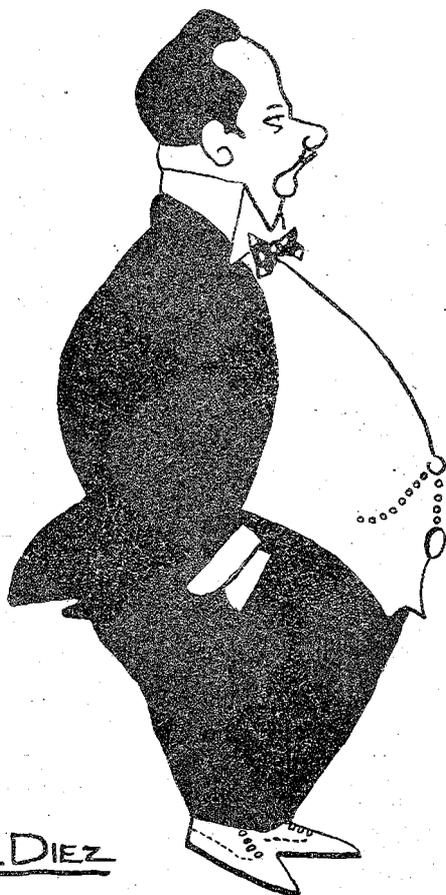
Por mi parte, confieso que el dinero me ha parecido siempre una

cosa milagrosa. Yo no puedo ver el proceso de un peso que se transforma en patatas, sin imaginarme el proceso contrario, y me figuro que previamente se han cogido kilos y kilos del sabroso tubérculo, que se los ha cocido, que se los ha machacado, que se los ha sometido a diversos reactivos, que se los ha puesto en un alambique y que se ha obtenido el peso como resultado. Esto es lo que yo me figuro cuando compro un peso de patatas, y esto es ya maravilloso; pero la maravilla crece cuando pienso que mi peso no sólo es susceptible de transformarse en patatas, sino que se puede transformarse también en guisantes, en zanahorias, en poesías líricas, en cigarros habanos, y en otros muchos objetos que me dicte mi fantasía. ¿Qué otra cosa en nuestro mundo moderno tiene este poder mágico que tiene un peso como no sea un billete de cinco pesos? Y ¿cómo es posible que haya quien desprecie el dinero, considerándolo una realidad demasiada prosaica?

No hay duda de que el dinero es una cosa excelente... para aquellos que lo tienen. ¡Si lo pudiésemos tener todos! Pero en cuanto lo tuviésemos todos, su virtud milagrosa desaparecería en absoluto. Yo creo que se debiera establecer un turno pacífico para el disfrute del dinero, grandes negocios y otra porción de cosas más o menos molestas.

Julio Camba.

DE LA CÁMARA ANEJA



E DIEZ

De cómo murió S. M. el Rey Felipe, el Prudente

La vida del rey don Felipe II se iba extinguiendo lentamente como la luz de una lámpara a la que va faltándole el aceite. La gota, su vieja enfermedad hereditaria, se agravaba día por día, y llegó uno, en que los atroces dolores que le causaba no le dejaron momento de descanso. Sus costumbres sedentarias y los potingues de físicos ignorantes, en vez de mejorar su salud contribuían a exacerbar sus males, que se complicaron luego con una fiebre ótica, que degenerando en hidropesía hinchó sus brazos, abdomen y piernas, hasta no permitirle ponerse en pie ni sentado casi un momento. El rey, tan aficionado al expeditivo y a los mamotretos, que acostumbraba anotar de su puño y letra cuantas cartas y oficios sus ministros le presentaban, llegó día que no pudo ni aún firmar y tuvo que valerse del príncipe heredero para que pusiera al pie de cartas y reales cédulas la consagrada fórmula de: «Yo el Rey». Una sed rabiosa le consumía y se le formaron llagas tan dolorosas en los dedos de las manos y pies, que se le irritaban al más ligero roce de las ropas, por lo que, comprendiendo que su último fin era llegado, ordenó a su servidumbre que se hiciera una especie de camilla para trasladarlo al Escorial.

«Quiero, dijo, que me lleven vivo a donde está mi sepulcro», y el día 30 de Junio del año del Señor de 1598, se puso en camino.

Ocho días duró en trasponer la breve distancia que hay entre Madrid y el Escorial. ¡Con tal lentitud marchaban los portadores de Su Real Majestad don Felipe el Prudente, para disminuir sus incomodidades y dolores!

Destacóse por fin en la fría y desolada campiña, al pie de las montañas, la mole inmensa de granito gris del Escorial: basílica, palacio, mausoleo y monasterio, que aquel poderoso monarca mandara edificar en cumplimiento del voto solemne hecho a San Lorenzo, después de la batalla de San Quintín, para restituir la iglesia de

San Lorenzo, que destruyeran las tropas españolas a cañonazos, durante el furor de la batalla.

Salió a recibir al rey la comunidad, servidumbre, nobles y seminaristas que allí habitaban, con todo el ceremonial prescrito para casos tales; pero el débil y doliente rey don Felipe miraba sin ver las reverencias y cortesías de frailes y ángeles, inmóvil como una figura de cera, como una empajada momia.

Uno de los deseos más grandes de Su Majestad, al trasladarse al Escorial, era el ver colocar en los altares la riquísima colección de reliquias que el monasterio acababa de recibir de Alemania, debido a las negociaciones largas y difíciles que por orden del rey habían seguido sus embajadores para obtenerlas. Allí se encontraban astillas de la Cruz, sangre de San Lorenzo, espinas de la Corona de Cristo, cuerpos de santos mártires y otros muchos de esos religiosos recuerdos con que se alimentaba la piadosa credulidad de la época, atribuyéndolos maravillosas virtudes.

Preparáronse, pues, desde luego, suntuosas fiestas religiosas a las que, a pesar de sus enfermedades, concurrió el rey dando muestras de gran devoción; pudiendo decirse que fueron los últimos momentos de su vida en que mostró interés y entusiasmo por alguna cosa. Luego, por uno de esos caprichos tan frecuentes en los enfermos graves, quiso visitar por última vez todas las dependencias del enorme edificio. Dolorido e inmóvil tendido en su camilla, atravesó con su funérea y extravagante comitiva: cámaras frías y desnudas; interminables corredores; puertas que se enfilaban conduciendo a vastas galerías decoradas con alegóricos frescos, o con lugübres enadros representando mártires exangües y cadavéricos; patios estrechos iluminados por una luz amarillenta y fantástica, en los que crecía descuidadamente la yerba y resonaban los pasos como sobre la losa de un sepulcro; aseandó por escaleras am-

plias y estrechas, y después de visitar el templo, el palacio, el panteón y la magnífica biblioteca donde él acumulara las ediciones más raras y preciosas, los pergaminos más ricamente miniados y la más espléndida y exquisita colección de manuscritos árabes de Europa; detúvose por fin ante las habitaciones que de tiempo atrás destinara para su morada.

Felipe, a semejanza de los faraones constructores de las Pirámides, había erigido un inmenso monumento para que le sirviera de sepulcro, y a él iba a morir; pero bastábale para ello un agujero, unas cuantas varas de terreno. Sus habitaciones en el Escorial, más que las de un rey, el más poderoso del mundo, parecían la celda de un pobre monje. Una estancia de paredes desnudas enlucidas de cal, con pavimento de ladrillos; toscos muebles reducidos a unos cuantos sillones de cuero claveteados, baúquillos para que el real enfermo descansara sus pies gotosos, un escritorio, un candelero de cobre y como únicas señales de lujo, algunos cuadros de famosos pintores representando asuntos místicos y un gran tapiz con las armas de la casa de Austria; tal era el mobiliario de lo que pudiéramos llamar el salón de recibir del primer monarca de la cristiandad. Una portezuela lo ponía en comunicación con la alcoba, sombría y tétrica, de tal manera dispuesto, que pudiera el real paciente desde su lecho, con sólo abrir las puertas, mirar al sacerdote que celebrara el Sacrificio de la misa en el oratorio de la iglesia del Escorial.

De allí no debía salir el monarca sino para el sepulcro. Una vez recluido, su enfermedad se agravó, y a fines de Julio, como se le formara un tumor en la rodilla derecha, el cirujano Juan Velázquez decidió operarle, y a pesar del estado de suma debilidad en que el enfermo se encontraba, soportó la dolorosa operación con una entereza tal que causó la admiración de todos los presentes; pues no obstante la enorme cantidad de pus que saliera de la herida, dos escudillas, según dicen los contemporáneos, casi no se oyó al rey exhalar ni una queja. De poco o ningún alivio le eran ya los medicamentos ordenados por los físicos, ni las operaciones de los cirujanos. De allí

a poco se le abrieron otras dos bocas en el cuerpo, de las que manaba un líquido putrefacto. El helado sudor de la tisis le bañaba de pies a cabeza; la sed, cada vez más abrasadora, le secaba las fauces, sus terribles dolores iban en aumento sin darle un momento de descanso, y llegó un día por fin en que fue imposible mudarle de ropas. Allí en el lecho convertido en estercolero, sin moverse, sus llagas se agusanaron, y un inmenso ejército de los más asquerosos parásitos recorría su cuerpo entero; sin que los más prolijos cuidados pudieran evitarlo. La espalda toda, a consecuencia de su inmovilidad, se convirtió en una inmensa llaga, y nunca pudo aplicarse con más propiedad la frase de la Escritura de: "A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas". En tal estado duró aún cincuenta y tres días; pero su espíritu permanecía aún lícido y entero y seguía dictando órdenes y leyes, como si aún se encontrara en plena salud, sin que hubiera quien se atreviese a desoatarlas o desobedecerlas. Fue rey hasta el último momento de su vida. Su aspecto en los postreros días era espantable; pues en tanto que unas partes de su cuerpo se habían linchado y abotagado, otras se habían desecado y reducido de tal suerte que sólo le quedaban los huesos pegados a la piel. El prognatismo característico de los Austrias se había exagerado, su labio inferior, saliente y caído, fingía un gesto de desdén, su cara chupada y llena de arrugas, sus manos crispadas, sus cabellos y barbas canosos y crecidos, le daban el aspecto de un cadáver; pero en sus ojos de un azul claro, lucía una extraña vida, como si en ellos se concentrara toda la que iba faltando a un llagado y dolorido cuerpo.

En la fría y lúgubre estancia flotaba un olor nauseabundo, en el que se mezclaban las pestilenciales emanaciones del lecho del enfermo, con las repugnantes de los medicamentos y el perfume del almizelo y de la algalia de los cortesanos asistentes a aquella fantástica escena; que mudos y vestidos con negros trajes cruzaban por la estancia como sombras.

En aquellos días, largos como siglos, la preocupación constante del rey don Felipe era alcanzar el perdón de sus

pecados. Amontonábanse en la reducida estancia, crucifijos, estatuas y pinturas de santos tenidos por milagrosos, las reliquias más preciadas y las estampas de las imágenes más famosas de la cristiandad, que el rey besaba devotamente, cuando no las ponía sobre los lugares más doloridos de su cuerpo, dirigiéndoles tiernas oraciones, esperando alcanzar de ellas el alivio y descanso de sus males. Su confesor, Fray Diego de Yepes, no se apartaba de la cabecera del enfermo, y éste a cada momento, con voz apagada, le pedía le auxiliase para salvarse de las llamas eternas, ofreciéndole hacer cuanto se le mandase para alcanzar el perdón de sus pecados.

“Padre confesor, le dijo, vos estáis en lugar de Dios, y yo protesto que haré lo que me dijéredes que es menester para mi salvación, y así estará por vos lo que yo no hiciere, porque estoy aparejado para cumplirlo todo”. Y mandó tomar nota de todas estas sus palabras a su secretario.

“Lo que solamente vivía ya en el rey era el sentimiento de sus pecados”, como dice un viejo cronista.

Pero, ¿qué recuerdos surgían en su alma ocasionándole angustias superiores a las torturas de la carne? No eran por cierto las matanzas de Flandes, ni la sangre derramada a torrentes en las batallas, ni los centenares de herejes quemados por la Inquisición, ni los moiscos asesinados en Andalucía, todo esto se había hecho en servicio de Dios y de la Santa Fe Católica y bien hecho estaba.

Los remordimientos de sus últimos instantes, eran: por los amores lujuriosos de su juventud; por su baja envidia, que había inutilizado a don Juan de Austria; por los celos que había tenido de la gloria de sus capitanes; por el asesinato de Escobedo.

Y entonces el rey, considerándose como un réprobo a quien Dios podría destinar a la condenación eterna, rezaba, rezaba inacabablemente, se confesaba, y pedía la extremaunción.

El 1° de septiembre hizo llamar al príncipe heredero y cuando éste hubo llegado y puesto de rodillas ante el lecho le dijo: «Yo he querido, hijo mío, que os halláseis presente, para que veáis en que vienen a parar los reynos y los señoríos deste mundo, y que se-

páis qué cosa es muerte, aprovechádoos dello; pues mañana habéis de comenzar a reynar». Y después de darle muchos y prudentes consejos se preparó a bien morir.

Quiso que le enterraran de la misma manera que lo había sido su padre el emperador, y al efecto hizo exhumar el cadáver de éste; mandó traer un grosero crucifijo que Carlos V había tenido en sus manos en sus últimos momentos, y ordenó se colgara en el pabellón de su cama para tenerlo constantemente a la vista. Luego dispuso que trajeran su ataúd y se colocara a un lado de su último lecho, y como viera que estaba forrado de raso blanco y comprendiera el estado de espantosa putrefacción en que su cuerpo se encontraba, ordenó que al morir se colocara éste en una caja de plomo para que no se manchara la seda.

El 11 de Septiembre se despidió de sus hijos, les exhortó a la conservación de la Fe Católica, y les echó la bendición en medio del llanto de cuantos asistían a aquella escena.

Cuando el Arzobispo de Toledo, comisionado para ello por los médicos, le anunció que se acercaba su última hora, le oyó con tranquilidad, hizo protesta de fe en alta voz, ordenó se leyeran algunos capítulos de la vida y pasión de Cristo, según San Mateo, y luego le vino una congoja y desmayo, que todos los presentes creyeron que era ya finado; pero aún volvió en sí, besó el crucifijo, estremeciéndose y murió luego. Esto ocurrió el 12 de Septiembre de 1598, cuando don Felipe “el Prudente”, como le llamaban sus súbditos, o “el Demonio del Mediodía”, como le apellidaban sus enemigos, tenía setenta y un años y tres meses de edad.

Cumpliendo sus órdenes, después de lavado el cadáver, se le puso una postrísima mortaja y una tosca cruz de palo al cuello, sin nada que recordara su grandeza.

Tal fue el espantable y triste fin de aquel monarca en cuyos dominios no se ponía jamás el Sol.

ALFONSO TORO.

VIAJERO SOLITARIO

—o—

Agoniza ya el día en el vasto desierto, que se extiende implacable, vacío y desiado, con soledad de muerte.

Después de haber sufrido durante el día el hábito abrasador de un sol de fuego, la tierra sedienta quiera la oscuridad, ansía la oscuridad de la noche piadosa y refrigerante.

La arena está caldeada, el aire seco; no hay alivio de lluvia, ni rocío, ni sombras; y ese viento que sopla es un viento de fuego, es un vaho asfixiante, que parece venir del infierno.

Y después de largas y rudas jornadas, el desierto, el mismo desierto extendiéndose implacable, el aire seco, la tierra sedienta, y en el vasto horizonte, hasta donde alcanzan los ojos, el yermo infinito, la inmensa soledad.

Al caer de la tarde, cuando, para alivio de la tierra, se esconde ese sol de fuego,.... va caminando, como el fantasma de un cuento triste, un viajero solitario.

Signe una senda estrecha que por mitad del desierto parece un surco trazado por la mano del viento. Ese camino es como un arroyo claro entre la monotonía de la arena.

Y el Viajero Solitario que agoniza de fatiga, marcha silencioso y sufre hondas tristezas y nostalgias supremas, caminando, caminando, caminando en la muerte inmensidad.

Agoniza ya el día. Desfilan por la mente del angustiado otros lejanos seres, otras distantes cosas: arroyuelos, fresca sombra, brisas suaves, lluvias bienhechoras, campos de esmeralda, flores, mañanitas empapadas de rocío....

Y envuelve todos los recuerdos una tristeza infinita.

Y el Viajero, como la tierra sedienta, quiere la oscuridad, la sombra, la Nada....

TELL.

La Huelga artículo de primera necesidad

Como si se tratara de un artículo, que después de más o menos resistencia y más o menos propaganda llega a acreditarse, así se ha acreditado la huelga en el Ecuador convirtiéndose en artículo de primera necesidad.

La vida es imposible sin la harina porque sin harina no hay pan.

La vida es imposible sin la huelga porque sin la huelga no hay jornal suficiente para sostenerla.

He aquí pues convertida la huelga en artículo de primera necesidad.

Como las harinas de San Francisco, como las mantecas de Chicago o las papas que nos vienen de la sierra.

No es posible vivir con el alza o escasez de harinas y mantecas, como no es posible subsistir con la carestía de las huelgas. Por esto se han abaratado las últimas si bien no las primeras.

Quizá os más y os parezca imposible lo que digo.

Sin embargo no es así; puede ser un contrasentido, un aforismo con un 70 olo de autonomasia; será tan absurdo como Uds. quieran.

Será quizá tan pesado e indigesto como aquellas salchichas que servían en el Royal antiguamente, o como un vaso de cerveza «Export», o como un discurso del Dr. Carrera, pero con ser así, es apenas lo natural.

Hoy es natural en este mundo lo innatural, y lógico lo ilógico. Y nada tiene de extraño que la huelga sea algo sumamente necesario a la existencia.

Es un artículo tan de moda, que ha llegado a ser de primera necesidad.

Siendo así, podremos en parte decir que hemos logrado el abaratamiento de las subsistencias.

Se anuncia la próxima huelga de la Junta de Subsistencias. Se dice que las postuladas para Reinas de las fiestas Octubrinas, irán a la huelga. Huelgan los sastres, los maestros de escuela, los alumnos, las mulas de los carros urbanos; y hasta los comentaristas huelgan.

Guayaquil, Septiembre 19 de 1919.

JOAQUÍN NOGAL
(E. P. A.)

Si fuera un Rey

(«Para *MARUJA, la Princesa rubia de un País Azul*).

Tuviera mil estrofas de luz para el divino
granate de tus labios que sangran de pasión,
hiciera que la luna torciera su destino
hacia tu corazón.

Te diera el trono egregio del alma. En el camino
hasta a los Reyes Magos usurpara el blasón,
robara de los astros el tinte diamantino
e hiciera la canción

para tus manos blancas, donde duermen los lirios,
para tus ojos tristes que irradian de dolor,
y en mis locos martirios,

en mis risibles ráfagas de marchito clamor
rezara la plegaria de todos mis delirios
y fuera el Rey de un Cuento y fuera un trovador.

Eduardo Salazar Gómez.

(En el álbum de María Inés Roca Carbo.—
Guayaquil.—Fiestas octubrinas.—1919).

DE TEATRO

Pocas veces hemos tenido en Quito una temporada tan divertida y una serie de veladas deliciosas y alegres como las que nos han dado los Hermanos Soler.

Y prueba del grande entusiasmo, curiosidad y agrado que han sabido despertar, es el público siempre numeroso que acude invariablemente a las representaciones.

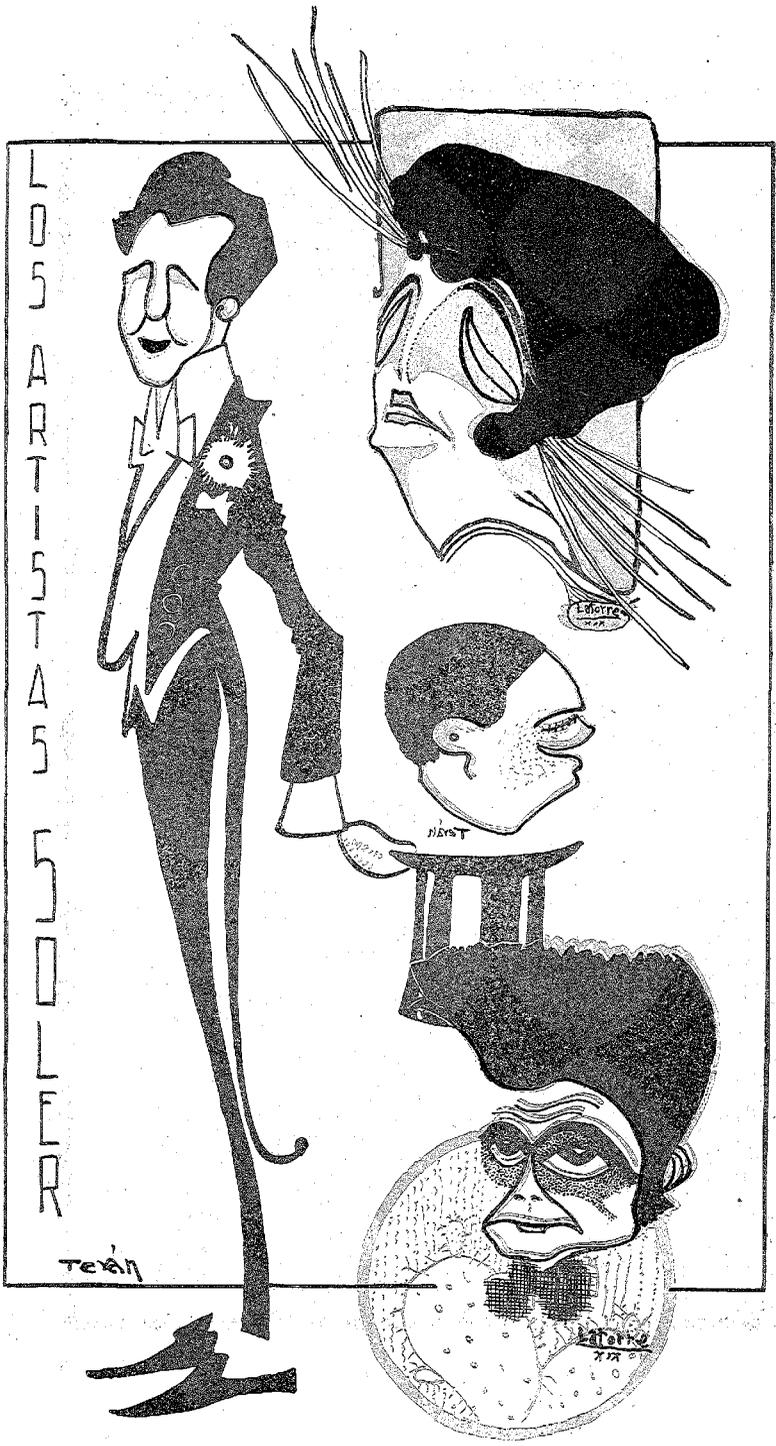
La simpática troupe le merece todo. Son los Hermanos Soler, Fernando, Andrés, Irene, Domingo, Gloria y Julián, y la Srta. Elvira Andreani, que la componen. Y con ellos, el padre, D. Domingo García Soler, la madre y dos hermanitos, la troupe que viaja por todas partes, dejando siempre la estela de su arte, de su alegría y de su gracia.

Irene, la gentil artista es verdaderamente encantadora. Canta, baila, ríe, todo lo sabe hacer con una sal y

un donaire incomparables. La Srta. Andreani tiene una voz admirable y bellísima, y se distingue su por elegancia y corrección.

Fernando, ese Fernando alegre, decididor y calavera, es un gran actor. Posee una admirable facilidad, gran fuerza de expresión y un chiste natural y corriente que abunda en todas sus actitudes. Y todas sabe hacerlas. Andrés, actor y notable músico, compositor y . . . poeta, naturalmente, es un muchacho más serio y trabajador, pero tan alegre y simpático como Fernando.

Ah! Me olvidaba. Fernando es también un sportman consumado. Casi no hay deporte que no conozca, y buena muestra lleva ahora de sus aficiones deportivas, pues así, amigablemente y muriéndose de risa, le han puesto un ojo que parece una entrada de caviar canapé.



DISCURSO

QUE PRONUNCIÓ NUESTRO COMPAÑERO
LUIS E. VELOZ, EN EL ALMUERZO
OFRECIDO A ZAMACOIS, EN LA
ALAMEDA, EL DOMINGO 14

-o-

Señores y amigos:

Os pido cinco minutos de indulgencia para explicar el significado de esta manifestación a la ilustre personalidad a quien la hemos dedicado.

No os asustéis pues, creyendo que vaya a descolgarme con algún discurso largo y pesado, académico y grave, en el que pretenda demostraros la influencia de Zamacois sobre la *Moratoria* y las huelgas; la carestía de los víveres y el déficit endémico de nuestro presupuesto.

Ni mucho menos esperéis de mí un análisis de las obras de este insigne y tan cordialmente estropeado novelador, repleto de zurdos ditirambos o hiperbólicos elogios!

Ni la inmensa personalidad de Zamacois se presta para ello: ni el carácter de «Caricatura» a quien tengo el placer y honor de representar me lo permite, ni las circunstancias son adecuadas; ni yo—modesta a parte—me considero el más idóneo para perpetrar tamaño desahucio!

Tranquilizaos pues, y que no me miren de reojo los HH, presentes o ausentes; ni tengan celo o recelo de que quiera arrebatárles una de las lenguas de fuego, que son su más precioso patrimonio en el recinto angusto de nuestras Cámaras. Nosotros conocemos al E-*spiritu* Santo que las inspira y... no tenemos envidia de ninguna lengua. ¿Verdad «Caricaturas»? Por otra parte yo soy muy humano y sé que muy mal se aviene el discurso inmensurable con las entradas de *caviar canapé* y las salidas de *supreme a la volaille*.

No vengo pues a dañaros una digestión magnífica a la cual tenéis pleno derecho... por lógicas razones que todos conocéis ni á obligaros a seguirme por las *regiones ultra etéreas del ideal incognoscible retrospectivo unilateral e intracorpóreo!*

No, señores: Serenaos!!

Yo vengo a significar (con perdón del galicismo) al querido, simpático e ilustre

huésped que, por el anquilosamiento y momificación del mayor centro de cultura de esta capital, a «Caricatura» le ha cabido esta vez el honor de reunir en su derredor a los elementos de más valor y consideración de nuestra Sociedad, para que dirigiéndose a Zamacois le digiera amistosa y campechanamente:

«Oiga don Eduardo ¿quiere Ud. darnos el placer de llevar un almuerzo con nosotros? A lo cual este refinado y elegante bohemio ha accedido, penetrando de una ojeada—psicólogo como él es—la futilidad de esta Revista; su carácter eminentemente educativo por lo que tiene de destructor y creador y la sugestiva atracción que lleva consigo tanto cuanto es juventud, coraje y alegría!

Don Eduardo ha comprendido que los elementos que podían reunir «Caricatura» no debían ser otros que la flor intelectual y activa del país y aquí le tenemos engalanando nuestra mesa y alimentando nuestros sinceros entusiasmos.

Gracias don Eduardo! En noches inolvidables nos ha enseñado Ud. objetivamente, con un objetivismo ático y latino, que no viene esta vez, gracias a Dios, con la *marea made in Germany*; ni *made in England*; ni *made in U. S. A.* sino a decirnos como se placaba bajo los pórticos de Atenas o a la sombra de los laureles de Zeus, o de los pámpanos de Dionysos; y con cuánta agilidad, precisión y elegancia se expresaban Aristófanes y Alcibíades!

Con Ud. hemos pasado al través del Renacimiento por la *Fiorenza* del Magnífico, en cuya Corte se diría que, Ud. tomó la agudeza de los estiletos de los cortesanos para engalanar sus decires; y encontró el secreto de la sonrisa sutil a *flor di labra!* y con Ud. hemos palpado el Versalles de los Luises que inmortalizaron Watteau y los Goncourt; y la Venecia *setecenteca* de Favretto y Casanova.

Cuánta afición en su expresión cuánto donaire en su gesto!

(Cuando Zamacois saluda y con amplio ademán arranca el chambergo implume de su cabeza de medalla, vosotros habréis observado que aún lleva empolvada su peluca. Es un cortesano auténtico).

Gracias don Eduardo! Gracias so-

bre todo porque su sonrisa lucianesca y volteriana en veces, viene a tumbar patas arriba—sin que Ud. lo quiera o sospeche, la seriedad de nuestros pedagogos intelectuales que Ud. tiene la inmensa dicha de ignorar.

Afuera el discurso kilométrico y soso; frío e indigesto; soporífero y opiástico de que nos tienen abitos nuestros *eminentes* chicos y grande!

Paso a la sonrisa y a la gracia que nos vienen desde el viejo Horacio, maestro de latinidad y que instruye deleitando.

Paso a Eutecia inmortal y divina! Gracias don Eduardo! Cuanto bien ha hecho Ud. a este nuestro amado país en donde sólo son embres en po-

lítica, arte o literatura, por provincianas y mediocres que sean, sólo los pavos taciturnos y los tontos graves!

Que el Dios de la gracia quiera que la semilla que Ud. ha regado fructifique y que su aticismo, su *savoir être*, su *maniere* arraiguen en este país dócil e inteligente pero un tanto miope y arrogante a la manera de su Alejandro Sawa.

Y punto final!

Un olé por Zamacois, castizo como la puerta del Sol, y ardiente como Cuba.

Un olé lleno de fuego y de sangre, encendido como los claveles de Sevilla y las bocas gitanas; rojo como los toros de Minra o los chalecos de Zamacois.

Olé por Zamacois!!!

La arboleda está dorada . . .

La arboleda está dorada. . . .
En el viento vespertino,
va la música acordada
de un doliente clavecino.

Y la tarde está llorando,
como un niño, su tristeza,
y la sombra va coblando
sobre el pecho la cabeza.

Por las sendas silenciosas
se oyen llantos de cristales;
y las rosas! y las rosas!
dónde viven los rosales!

La arboleda está dorada. . . .
En el viento vespertino,
va la música acordada
de un doliente clavecino:

Y las rosas, jardinero?
—Ay de mí si yo supiera
donde vive, caballero,
la divina primavera!

Mi jardín está ya viejo,
y yo os juro por mi suerte
que en la fuente vaga el dejo
de las aguas de la muerte. . . .

La arboleda está dorada. . . .
En el viento vespertino,
va la música acordada
de un doliente clavecino.

JUAN R. JIMENEZ

n. Delgado E.



Estrellas lejanas

Antes que tu recuerdo ha de morir mi juventud...

.....
Y en mi vejez abandonada y triste,
De tu consuelo y tu piedad desierta,
Tu amor será como una estrella muerta
Que alumbra aún, pero que ya no existe!

.....
Antes que tu recuerdo ha de morir mi juventud.

C. PROAÑO ALVAREZ

.....
DICIEMBRE • MCMXVIII

Vinos españoles
legítimos

Y LICORES EXTRANJEROS

Precios fijos.—Carrera
Guayaquil, Núm. 33

F. E. Cabeza.



Icy-Hot

Las botellas al
vacío de la mejor
calidad.

Conservan el
contenido.

Hirviendo, 24
horas.

Helado, 3 días.

Botellas de me-
dio litro y un litro, de
boca angosta y ancha, de

varios modelos, desde 4 sures.
El mejor surtido, se encuentra
siempre donde

Rafael Puente & Cia.

César L. Ribadeneira

REALIZA:

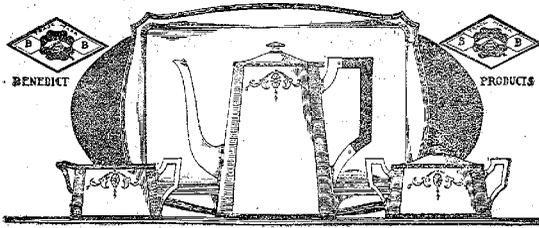
Artículos eléctricos, jugu-
tes gran surtido, atrapa mos-
cas, medias de seda para se-
ñora, calcetines, etc.

Plaza de la Independencia.
Bajo del Palacio
de Gobierno, N° 8.

J
A
B
O
N
G
I
T
A
N
A

Carrera—García Moreno

*En la casa número 30, y frente a la Iglesia de
¡SANTA BARBARA!
hay un departamento amoblado e independiente.
Nada más.*



El surtido más completo en juegos de Té, Computeras, Flores, Centros de Mesa, Fumadores, tinteros, lamparitas chicas de luz eléctrica, bolsas de plata, relojes de mesa chicos de lindas formas, boquillas finas, cortaplumas, bastones con puño de oro, manicures, medallas de oro de toda clase y muchísimos artículos propios para regalo acaban de llegar a la Joyería de

Guillermo LOPEZ N.
BAJOS HOTEL FROMENT

Precios bajos.—Artículos de primera clase.—No deje de visitar en estos días nuestro almacén.

:: FOTO LUMIERE ::

casa del Sr. Ricardo Valenzuela.
Carrera Oriente Núm. 149.—Una cuadra después del Teatro Sucre
TODO TRABAJO CONCERNIENTE AL RAMO
y además se encarga de Fotograbado y Litografía

Teléfono 3 9 0

Apartado 2 9 7

Manuel M. Rojas

Confecciona toda clase de vestidos al gusto más exigente.—Especialidad en trabajos para militares.

